

NOVIEMBRE DE 2015

AÑO LXXVI

NÚMERO 896



DOCUMENTO:

- V Centenario de Gonzalo Fernández de Córdoba «El Gran Capitán»

ARTÍCULOS:

- Estado Islámico: la estrategia del terror
- Género y operaciones militares. Una cuestión de eficacia operativa



Puesto de tirador

Edita:



DIRECCIÓN

Director

General de Brigada

Lorenzo ÁLVAREZ ARAGÓN

Subdirector, Jefe de Colaboraciones y Administración

Coronel José Juan VALENCIA GONZÁLEZ-ANLEO

Jefe de Ediciones

Coronel Antonio VARET PEÑARRUBIA

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coroneles

Poutás Álvarez, Andradre Perdrix, Pérez De Aguado
Martínez, García y Pérez, Arizmendi López,
Guerrero Sánchez, Dolado Esteban, Urteaga Todó,
Borque Lafuente

Tenientes Coroneles

Diz Monje, Pérez-Iñigo García Malo de Molina,
Sánchez Herráez, Gómez Reyes y Macías Pinilla

Comandantes

Villalonga Sánchez, Martínez Borrego
y Ramírez Perete

Capitanes

Del Rosal García

Suboficial Mayor

Blanco Gutiérrez

NIPO: 083-15-005-2 (Edición en papel)

NIPO: 083-15-004-7 (Edición en línea)

Depósito Legal: M. 1.633-1958

ISSN: 1696-7178

Corrector de Pruebas

Francisco José Reinoso López

Servicio de Documentación

Emilia Antúnez Monterrubio

Ofimática y Edición

Fernando Aguado Martínez

Ricardo Aguado Martínez

Ana María González Perdonez

Laura Bevia González

M^a Eugenia Lamarca Montes

Inmaculada del Valle Olmos

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión

CENTRO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO

Colaboraciones Corporativas

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE

MILITARES ESCRITORES

Promotor de Publicidad

EDITORIAL MIC C/ Artesiano s/n.

Polígono Industrial Trobajo del Camino,
24010 León

Teléf.: 902 271 902 / Fax: 902 371 902

Email: dirección@editorialmic.com

marketing@editorialmic.com

Fotografías

MDEF, DECET

REVISTA EJÉRCITO

Establecimiento San Nicolás
calle del Factor nº 12 - 4ª planta C.P. 28013 MADRID
Central Teléf.: 915160200

Administración y Subscripciones Teléf.: 915160485

Teléf.: 915160390

Sumario

DOCUMENTO

Entre la historia y la leyenda: El Gran Capitán

Introducción

ANTONIO RUIZ OLMOS

General de brigada. Infantería. DEM.

68



La toma de Granada por el Gran Capitán

JUAN ANTONIO ÁLVAREZ JIMÉNEZ

Teniente general.

70



El Gran Capitán agente de la política exterior de los Reyes Católicos

JUAN JOSÉ PRIMO JURADO

Subdelegado del Gobierno en Córdoba.

77



Ceriñola (28 de abril de 1503)

JOSÉ MANUEL MOLLÁ AYUSO

General de división.

84



El crisol del Gran Capitán: el Gran Capitán creador del Ejército moderno

BENITO TAULER CID

Coronel. Infantería. DEM.

90



Rávena y la campaña que el Gran Capitán no dirigió

JOSÉ CALVO POYATO

Doctor en Historia Moderna.

97



NUESTRAS INSERCIONES

Boletín de suscripción

13

Novedades Editoriales Publicaciones Defensa

21

Normas de Colaboración

44

Información al Lector

105

Interior de contraportada: Poema de don Francisco de Quevedo

131

PUBLICIDAD: Publicidad Renova Motor, 104 - App y Web Revista Defensa, 123 -
Publicidad de Exposición, 130.

Catálogo de Publicaciones Oficiales

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

ARTÍCULOS

Estado Islámico: la estrategia del terror
FRANCISCO RUBIO DAMIÁN
Coronel. Infantería. DEM. 6



Generales, realidades e ideas: militares en el ranking anual de las personas más importantes del planeta
ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN
Teniente coronel. Artillería. DEM. 14



Género y operaciones militares: una cuestión de eficacia operativa
JAVIER MARÍA RUIZ ARÉVALO
Teniente coronel. Infantería. 22



**Operaciones de entrada
Un nuevo concepto conjunto de EE UU**
JOSÉ ÁNGEL ÚBEDA GARCERÁN
Comandante. Artillería. DEM. 29



La reedición de un historico distintivo de combate en una unidad española (Operación A/I)
RAMÓN SANTIAGO CANDIL MUÑOZ
Teniente coronel. Cuerpo Jurídico Militar. 37



SIDAE: Sistema Informático de Dirección y Administración Económica del Ministerio de Defensa
JUAN MANUEL RODRÍGUEZ LARA
Comandante. Cuerpo de Intendencia. 46



Sirviendo a los que sirven, 25 años del SARFAS
FRANCISCO JOSÉ BRAVO CASTRILLO
Vicario Episcopal del ET y GC. 54



Un frances en España: Capitán (en 1808-11) Coronel (en 1823-28) 2ª parte (1823-1828)
JOSÉ ANTONIO CABEZAS FERNÁNDEZ DEL CAMPO
Capitán. Cuerpo de Sanidad Militar. Farmacia.
COLETTE DELAMARE BERNAGE
Biógrafa. 60



SECCIONES

Rincón de la Historia
La gesta del 25 de julio de 1797 en Santa Cruz de Tenerife. Mucho más que un ataque pirata
PEDRO GALÁN GARCÍA
Teniente general. 106

Observatorio Internacional de Conflictos
Impacto del acuerdo nuclear iraní en Oriente Medio
ALBERTO PÉREZ MORENO
Coronel. Infantería. DEM.
La evolución de la conflictividad en Ucrania
CARLOS ECHEVERRÍA JESÚS
Profesor de Relaciones Internacionales de la UNED. 113

Grandes Autores del Arte Militar
Jacobo García Roure
General de división. Ingenieros.
PEDRO RAMÍREZ VERDÚN
Coronel. Infantería. DEM. 117

Hemos leído
Drones reutilizables
El arma más grande en la guerra contra el terrorismo
R.I.R. 118

Información Bibliográfica
Catálogo de la exposición temporal «El Gran Capitán»
El Glorioso 120

Publicaciones Militares 122

Cine Bélico
Capitan Conan
Emboscada en la bahía
FLÓPEZ. 124

Archivo Gráfico 126

Sumario Internacional 128

La Revista Ejército es la publicación profesional militar del Ejército de Tierra. Tiene como finalidad facilitar el intercambio de ideas sobre temas militares y contribuir a la actualización de conocimientos y a la cultura de su personal. Está abierta a cuántos compañeros sientan inquietud por los temas profesionales. Los trabajos publicados representan, únicamente, la opinión personal de los autores sin que la Revista Ejército, ni ningún organismo oficial, compartan necesariamente las tesis o criterios expuestos.

Sección de Publicaciones de la JCISAT. Establecimiento San Nicolás, calle del Factor nº 12 - 4ª planta C.P. 28013 MADRID. Redacción Teléf.: 91 5160482, Administración y Subcripciones Teléf.: 91 5160485 y Telefax: 91 5160390. Pág. WEB: www.ejercito.mde.es, E-mail: ejercitorevista@et.mde.es; revistaejercito@telefonica.net. Suscripción anual: España 12,02 euros; Europa: 18,03 euros; resto del mundo: 24,04 euros. Precio unidad: 2,40 euros. (IVA y gastos de envío incluidos) La vigencia de los precios referidos será durante el año 2015.

EL GRAN CAPITÁN AGENTE DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS REYES CATÓLICOS

Juan José Primo Jurado. Subdelegado del Gobierno en Córdoba.

Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, encarna en su persona el tránsito de la Edad Media a la Moderna. Él está perfectamente integrado en esa monarquía católica de Isabel y Fernando que crea el Estado moderno en España, relegando la influencia política de la nobleza y fortaleciendo el papel del rey como cabeza fuerte de un Estado que contará con sus arcas y hacienda propias, su ejército profesional y permanente, su red diplomática y su estructura funcional.

Así, el Gran Capitán representa al primer general del ejército de un Estado moderno. Atrás quedarán los condotieros medievales, aún presentes esos años en los estados italianos. Los condotieros eran comandantes de fortuna que se alquilaban al mejor postor, con tropas igualmente mercenarias. Con los Reyes Católicos ese concepto va a desaparecer, igual que desaparecen las mesnadas feudales a las que la Monarquía

debía acudir cada vez que era preciso crear un ejército.

Ahora el ejército será permanente y dependiente de la Monarquía, es decir del Estado. A su frente estarán jefes nombrados por los Reyes, a los que deben lealtad absoluta. Ambos, ejército y jefes, serán desde ahora los vectores de la política exterior de los Reyes Católicos, que usarán la fuerza como arma diplomática, disuasoria frente al enemigo o como continuación de esa diplomacia por otras vías, que diría Clausewitz.

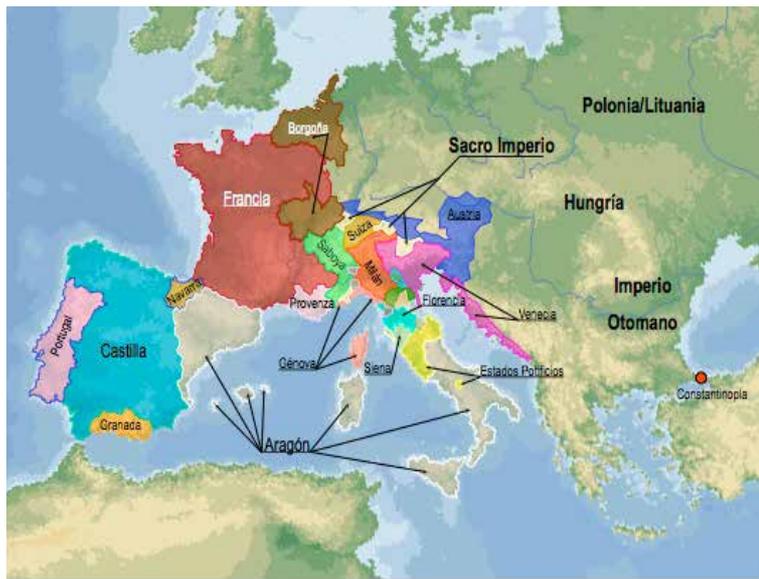
De esta forma, cuando el Gran Capitán combate en Granada, Nápoles, Ostia, Cefalonia o Corfú, no lo está haciendo a título propio, sino al servicio de la política exterior española. Incluso será agente diplomático y negociador de los Reyes, cuando corresponda hacerlo, ante Boabdil, los franceses en el reino de Nápoles, el Dux de Venecia o el propio Papa en Roma. Igualmente, cuando algunos quisieron darle órdenes (el papa Alejandro VI), le tentaron con pasarse a sus filas (Venecia) o directamente le ofrecieron convertirse en rey de Nápoles, tuvo claro que él solo era un agente de la política exterior de la Monarquía Católica.

¿Y cuál era esa política exterior? En un principio, los Reyes Católicos tenían un triple objetivo: la conquista del reino de Granada, que supondría la finalización de la Reconquista; las alianzas, vía matrimonio de sus hijas, con otros reinos de Europa para aislar a Francia; y la vigilancia de



Los Reyes Católicos





El escenario mediterráneo en 1453

la amenaza que suponía el Imperio Otomano tras la conquista por este de Constantinopla en 1453. Una mezcla, pues, de tradicionales objetivos castellanos (Granada) y aragoneses (aislar Francia) con la defensa de la Cristiandad frente a los turcos.

Tras la conquista de Granada, la política exterior podía haber proseguido victoriosa hacia el norte de África —es la época de las tomas por España de Melilla, el Peñón de Vélez de la Gomera y Orán, entre otras plazas—, pero el descubrimiento de América, y el inicio de su colonización, será un hecho de tal magnitud que cambiará del sur al oeste los esfuerzos de un reino entusiasmado. Por otra parte, el conflicto contra Francia pasará de la vertiente diplomática a la bélica, principalmente en el escenario italiano. Y contra el Imperio Otomano se producirán los primeros choques en el Mediterráneo oriental. Tres vectores de la época final de los Reyes Católicos que tendrán su continuidad con sus sucesores Carlos V y Felipe II, los cuales sumarán a esa política exterior la del teatro europeo, fruto de su fabulosa herencia.

Concretemos a continuación, la decisiva participación del Gran Capitán en esa política exterior de Isabel y Fernando. Una participación donde serán decisivas tres condiciones de hombre de frontera que reúne Gonzalo y que serán ampliamente valoradas por los Reyes, en

palabras del historiador Luis Suárez: «El valor, que corresponde a la esencia de la caballería, la capacidad para tomar decisiones sobre la marcha y el respeto al adversario, cuyas cualidades son precisas valorar. Así se explican los gestos inicial y final de Ceriñola, cuando sorprende a propios y extraños al reaccionar ante la pérdida de la artillería definiéndola como «luminarias de victoria» y al rendir honores al enemigo caído en el campo, duque de Nemours.

La guerra de Granada (1482-1492) permite a Gonzalo alcanzar dos cosas: ver la Alhambra por dentro,

pues los Reyes le encargaron dirigir la ayuda que prestaban a Boabdil, cuando este parecía optar por la fórmula de sumisión al reino a Castilla, como estuviera en los primeros años de su existencia, y cimentar su fama de soldado, en los combates de la primavera de 1486, en Loja, Íllora y Moclín. Al llegar a Íllora, el 9 de junio, la Reina salió a su encuentro; Gonzalo, radiante sin duda por el éxito, y ella, apuntando a las murallas de la plaza, le dirigió un discurso que parecía apuntar al futuro: «Encargaos de la tenencia de esta fortaleza y ved lo que se da con la más principal de la frontera que, al tanto y más, mandaremos dar con esta».

Al término de la guerra de Granada, Gonzalo, que va a cumplir cuarenta años, se perfila como uno de los principales jefes de ese ejército nuevo que ha surgido, al servicio de la política exterior de la nueva monarquía. En esta política, los veteranos de la guerra granadina resultaban imprescindibles.

Tras la toma de Granada y el descubrimiento de América, Nápoles resultaba esencial: indispensable para frenar a los turcos otomanos y para asegurar el control del mar Tirreno. Mientras Francia preparaba un imponente ejército para llevar a cabo la conquista de Nápoles, los monarcas españoles transmitían a Gonzalo Fernández el orden de preparar a sus expertos y duros soldados. Murió el rey de Nápoles y su hijo bastardo

Alfonso tomó la corona. Fue el momento escogido por Fernando el Católico para hacer, por medio de sus embajadores, su propuesta de legítimo derecho al trono. Carlos VIII de Francia la rechazó diciendo que primero conquistaría Nápoles y hablarían después, y el Papa, asustado, rompió la alianza con él concertada y confirmó a Alfonso como rey. Cuando los franceses ocuparon Roma, bloqueando al Papa en el castillo de Santángelo y se apoderaron de Nápoles, Fernando ordenó a sus tropas dirigirse a Cartagena, puerto de embarque, para el traslado a Sicilia. La misión sería ayudar al Papa y restablecer la situación, sin dejar de presentar la ardua cuestión de sus derechos.

Alfonso de Nápoles abdicó en su hijo Ferrante, con la esperanza de que sus derechos fuesen mejor reconocidos, pero el poderosísimo ejército francés había podido ocupar con toda facilidad Italia en un auténtico paseo militar. Desde enero de 1495 era dueño de Nápoles, de modo que Ferrante, refugiado en Isquia, comenzaba la recluta de mercenarios. La misión encomendada a Gonzalo Fernández era, por consiguiente, puramente auxiliar: ayudarle a recobrar el trono. Llevaba consigo un ejército de hombres valientes y sufridos, veteranos de la larga contienda

fronteriza ahora concluida, más eficaces en golpes de mano, asaltos a fortalezas y desgastes, que en las batallas a campo abierto. Pero como ha destacado con mucho acierto Piero Pien, contó inmediatamente con dos maestros, Próspero Colonna y Bartolomé d'Albiano que le enseñaron a transformar aquellas unidades en fuerzas estratégicas importantes.

Fernando había convenido con el rey de Nápoles que, a cambio de la ayuda, este le transferiría una cabeza de puente en Calabria, con Reggio, Squillace, Cotrone, Tropea y La Amatia. De modo que las primeras órdenes a Gonzalo, llegado a Mesina el 24 de marzo de 1495, se enderezaban a la toma de posesión y defensa de este espacio. Pronto hubo de aprender la lección: el 21 de junio Robert Stewart, señor de Aubigny, le derrotó en el encuentro de Seminara. Sobre la marcha hubo de cambiar el plan estratégico: ¿Por qué no aplicar aquí los métodos que dieran tan buen resultado en Granada, esto es, tomar uno a uno sus granos? Poco a poco iban llegando a Gonzalo refuerzos de España. Poco a poco también el duque de Montpensier, a quien Carlos VIII dejara por virrey de Nápoles, veía disminuir sus fuerzas y recursos ante la táctica puramente andaluza de aquellos españoles, entre los que no faltaban representantes de todos los rincones.

Al llegar la primavera de 1496 tuvieron lugar importantes acontecimientos. Primero fue la victoria en campo abierto (batalla de Layno) contra las fuerzas del señor de Aubigny. Ahora toda Calabria era suya y la cabeza de puente prometida pasaba a integrarse en la Corona española. Calabria y Malta constituían las que podían ser puntas de lanza extremas para la defensa del Mediterráneo frente a los turcos. Después sucedió que el duque de Montpensier, tratando de ganar un tiempo precioso mientras tenían lugar negociaciones entre su señor, el rey de Francia, y los titulares de la Liga, el Papa, España, Venecia, Milán y la Casa de Austria, había concentrado las fuerzas aún considerables de su ejército en Atella, construyendo un formidable campo atrincherado que los expertos calificaban de inexpugnable.

Esta vez Gonzalo Fernández no tenía instrucciones concretas pero acudió en socorro del rey de Nápoles y, de pronto, llegó la noticia: aplicando los métodos que aprendiera en la guerra de



Carlos VIII, rey de Francia



Granada, Atella había sido rendida el 27 de julio de 1496. La formidable columna de hombres y pertrechos que estremeciera a Italia en el verano de 1494 yacía rendida, con sus restos gastados, a los pies de un frontero que en Loja e Íllora desplegara sus primeras luces. No había duda posible: Gonzalo era el Gran Capitán. Y allí lo proclamaron así sus colaboradores y sus maestros. Gracias a él, España había dado el primer giro a la tuerca de las confrontaciones militares: la infantería se aprestaba a arrancar a la caballería acorazada su título de *reina de las batallas*.

Se produjo entonces la prematura muerte del joven Ferrante sin que pudieran quedar hijos. Le sucedió entonces su tío Fadrique, que no ocultaba sus preferencias por Francia, esperando de esta que accediera a sustituir la conquista por alguna clase de protectorado que le permitiera a él retener la corona. La Liga Santa se deshizo y cada uno de sus miembros buscó la política que más le convenía. Fernando, Enrique de Inglaterra y Maximiliano volvieron a los proyectos anteriores de gran alianza occidental. Aquí tropezaban con un inconveniente: Felipe, hijo de Maximiliano y duque de Borgoña, a pesar de haber contraído matrimonio con Juana, hija de

los Reyes Católicos, sostenía, impulsado por la nobleza francófila de su país, que la alianza con Francia debía preferirse a cualquier otra y que la campaña de Nápoles era un error.

Con la llegada de Fadrique al trono, las tendencias políticas en Italia y fuera de ella, devuelven a Francia esa primacía que antes de Atella gozara. El cambio más importante es el del papa Alejandro VI: César Borja impone la francofilia porque él, que en adelante se manifestará claro enemigo, hasta su muerte en Estella, de los Reyes Católicos, trata de integrarse en la alta nobleza francesa. Es este el momento en que Fernando ordena al embajador Garcilaso de la Vega presentar en Roma los documentos que argumentan su legitimidad (diciembre de 1496) reclamando ser reconocido rey de Nápoles. El Papa se niega, y suaviza esta oposición otorgando al matrimonio y a sus descendientes, el título de Reyes Católicos (19 de diciembre de 1496).

Entonces se pasa a Gonzalo Fernández la orden de regresar a España, pero antes de su regreso, el Gran Capitán prestará un servicio al Papa, siguiendo las instrucciones, por supuesto, de la Monarquía a quien servía. El puerto de Ostia, puerto de Roma, había sido tomado por el pirata Guerri, al servicio de Francia, con el fin de bloquear al Pontífice y la llegada de suministros a la Ciudad Eterna. El Papa pidió ayuda a Gonzalo, pero este no movió un dedo hasta que los Reyes Católicos se lo ordenaron. Liberó Ostia tras un duro asedio de dos meses, el 9 de marzo de 1497. Entró en Roma aclamado por la multitud y con Guerri encadenado, al estilo de los antiguos triunfos romanos. El Papa le concedió el prestigioso premio de la Rosa de Oro, entregado una vez al año a quien mejor sirviese al papado.

Gonzalo Fernández regresa a continuación a la Península, aureolado por una gran fama militar. Sus servicios serían empleados, en los dos años siguientes al regreso —mientras trataba de afirmar sus dominios en tierra cordobesa— en el mantenimiento del orden en el antiguo reino de Granada, algo que le afectaba directamente. Pero ya no era el mismo de antes: no se podía impunemente pasar por Italia en el siglo xv y no dejarse ganar por un modo de vida que parecía la quintaesencia del espíritu de la caballería. Mientras tanto Luis XII subía al trono de Francia (8 de abril de 1498) y comenzaban las negociaciones



El papa Alejandro VI

entre los dos países para despojar a Fadrique de su corona y llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Primero firmaron la paz (Marcoussis, de 5 agosto de 1498) y después comenzaron a negociar sobre Nápoles.

Entre octubre de 1499 y abril de 1500 los franceses llevaron a cabo la ocupación firme de Milán. Moría el heredero español Juan, abortaba su viuda y desaparecían después Isabel y también su hijo Miguel, de modo que Felipe el Hermoso pasaba a situarse en plano de sucesión, mostrándose sumiso al rey de Francia, como vasallo con señor.

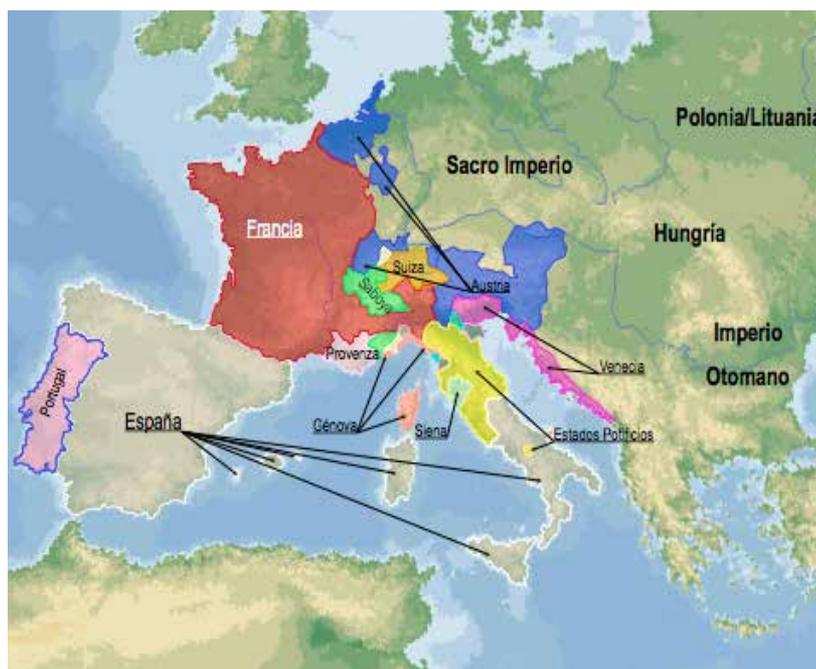
El Rey Católico propuso un reparto: Luis XII podría titularse rey, pero Calabria y Apulia se incorporarían a Sicilia, esto es, a la Corona de Aragón. Era un momento especialmente delicado: los turcos, que durante tres lustros se habían mantenido un poco apartados de las rutas de occidente, comenzaban a demostrar nuevas intenciones agresivas. El 10 de octubre en Chambord, y el 11 de noviembre en Granada, el tratado de reparto quedó firmado.

La segunda misión de Gonzalo Fernández, que contaba con nuevos soldados entrenados en guerra de montes, fue liberar Venecia de la amenaza turca en el Adriático. Salió con cincuenta barcos y más de cinco mil hombres el 5 de junio de 1500, antes de que se conociera el tratado de Chambord-Granada. Liberó Corfú y culminó una fabulosa hazaña de conquista de Cefalonia, entre el 2 de octubre y el 24 de diciembre de aquel mismo año. Había demostrado que sus soldados, aunque él «más quisiera ser leonero que tener cargo de aquella nación» refiriéndose a Vizcaya, podían vencer a los turcos. Venecia supo muy bien quién la había liberado: hizo a Gonzalo gentilhomme y le envió tres regalos: cincuenta libras de plata acuñadas a su nombre, dos martas cibelinas venidas de Asia Central y dos piezas de

seda fabricadas en China. El Gran Capitán envió las tres cosas a su Reina. Esta retuvo para sí las martas, porque sabía que esta piel tiene algo que ver con la soberanía, pero envió todo lo demás a la esposa de Gonzalo, María Manrique.

Mientras, Felipe el Hermoso, esposo ahora de la heredera Juana, a quien trataría de suplantar, ponía en marcha su política profrancesa tendente a cumplir los objetivos de Luis XII, tan poco convenientes para Maximiliano como para España, Fernando enviaba nuevas instrucciones a Gonzalo (marzo de 1501) para que llevara a cabo la ocupación de las provincias de Apulia y Calabria. Fue un paso de avance en su carrera política el nombramiento que se le extendió como lugarteniente en ellas. Los franceses se habían adelantado y contando con el apoyo de la nobleza angevina, dominante en aquel país, cumplieron su parte en un plazo muy breve. El 2 de agosto de 1501 dieron por concluida la operación. Gonzalo no pudo hacerlo hasta el 1 de marzo de 1502; había tenido mucho cuidado en evitar saqueos y violencias que exacerbaban los ánimos contra la presencia de los españoles.

Los consejeros de Luis XII, partiendo del hecho de que la administración repartida era inviable,



El escenario mediterráneo en 1515





Felipe, llamado el Hermoso

recomendaban a su rey exigir una revisión del tratado en forma semejante a como propusiera Fernando: Francia, la más fuerte, debía unificar Nápoles; España tendría que conformarse con una indemnización. A esta fórmula se adhirió Felipe el Hermoso, insistiendo en que sus suegros debían otorgarle poderes para negociar. Partía de una idea que para sus cortesanos no ofrecía la menor duda: era una locura, por parte del débil, tratar de oponerse al fuerte.

Gonzalo Fernández iba a encargarse de demostrar lo contrario pero, en aquellos días de la primavera de 1502, nadie hubiera sido capaz de imaginarlo. Sin previa declaración de guerra el duque de Nemours, virrey de Nápoles, con fuerzas abrumadoramente superiores, había invadido las provincias españolas. El Gran Capitán, que esperaba refuerzos que habrían de venirle sobre todo por la vía de Venecia, fortificó nueve plazas: Cosenza, Reggio Cotrone,

Rocca, Tropea, Gerace, La Amatia, Monteleone y Tarento, y creó luego un vasto campo fortificado en torno a Barletta. Llegada a España esta noticia pudo interpretarse como anuncio de una derrota: se repetía el caso de Atella, aunque esta vez, la víctima estaba destinada a ser el general español.

El brillante ejército francés, lejos de sus bases e incapaz de recibir refuerzos, experimentó un tremendo desgaste. Siguiendo las huellas de Aníbal, el español avanzó hasta Ceriñola y aquí hizo saltar por los aires el prestigio de la brillante caballería francesa (28 de abril de 1503), una victoria que iba a cambiar las estructuras militares en Europa: la terrible infantería española se disponía a reinar durante casi siglo y medio. Los franceses huyeron y Gonzalo hizo su entrada en Nápoles el 16 de mayo. De este modo pudo Fernando rechazar la capitulación que su yerno ofreciera a Luis XII en Lyon. Este último, recurriendo a la guerra en todos los frentes, envió sus principales fuerzas hacia Nápoles a las órdenes del mariscal de La Trémouille. Por vía de un mensajero, dijo al embajador Lorenzo Suárez de Figueroa que daría veinte mil ducados por encontrar a Gonzalo en Viterbo, a lo que el español respondió que mucho más habría dado el duque de Nemours por no encontrarle en Ceriñola.

Y así fue. Desfilaron los franceses por Roma al tiempo que agonizaba Alejandro VI, pero La Trémouille, enfermo por las insalubres marismas pontinas, hubo de entregar el mando al marqués de Mantua, que se enfrentó con aquel abigarrado ejército que mandaba Gonzalo en las orillas del Garellano. La derrota fue todavía mayor que en Ceriñola. El 2 de enero de 1504, los vencedores —había españoles, italianos y alemanes en aquel ejército— desfilaban por las calles de Gaeta. La guerra había terminado. No había duda: Gonzalo Fernández de Córdoba era el mejor general de Europa.

Falta un pequeño epílogo. Se acercaba el final de la vida de la reina Isabel, consciente de que dejaba la herencia a una perturbada mental cuyo marido mostraba las más claras señales de tratar de sustituirla en la función de reinar. Por eso, en su testamento, quiso asegurar el futuro de la monarquía hispana disponiendo que solo Fernando pudiera asumir la regencia de Juana. Testamento que, por otra parte, no se cumplió. Gonzalo Fernández, en los años 1504 y 1505



Política mediterránea de los Reyes Católicos

ejerció el oficio de virrey de Nápoles con mucha eficacia, logrando restablecer el orden y reducir al mínimo los resquemores que una guerra deja siempre detrás. Pero descubrió dos cosas: que la contienda había sido extremadamente costosa y que las rentas de Nápoles eran deficitarias. Aunque no deja de ser una bonita leyenda esa de las *cuentas del Gran Capitán*, los investigadores de hoy consideran comprobado que el de Nápoles no era un buen negocio, máxime si se tiene en cuenta que tenía que ser mantenido en estado de armas frente a posibles enemigos.

No era posible seguir dudando. El Gran Capitán había proporcionado a los Reyes Católicos un reino, aquél que cerraba el camino de las islas de las especias hacia Alejandría y hacia Jerusalén, cuyo patronato ejercían. Se planteaba ahora la cuestión que ya en tiempos preocupara a Alfonso V: ¿Qué hacer con él? ¿Incorporarlo a la corona de España o conservarlo en su independencia? Las instrucciones a Gonzalo Fernández, elevado ahora con título de duque al primer nivel de la *grandeza*, no podían ser otras que las de tener firmemente en su mano el reino convertido en prenda esencial de la política. Hay noticia de sus cronistas personales de que se le ofreció el Maestrazgo de Santiago, pero este dato, no confirmado por la documentación, significaría una ruptura del gran proyecto ejecutado por los Reyes, de incorporar los maestrazgos a la Corona.

En 1505 las relaciones entre Felipe, que contaba en Castilla con un importante partido nobiliario nostálgico de la situación anterior, y su suegro se rompieron. Fernando decidió abandonar Castilla para convertirse, de hecho únicamente, en rey de la Corona de Aragón. La decisión, en este caso, no podía ser otra que la de incorporar Nápoles a la Corona. Viajó a este reino y aplicó en él la norma general: todos los funcionarios de origen castellano, incluyendo al virrey, debían ser destituidos (septiembre de 1506). La decisión disgustó profundamente al Gran Capitán, que se retiró a Loja.

Años después, la derrota en Rávena de la Liga Santa, formada por Fernando, el papa Julio II y el Dogo veneciano, frente a Luis XII de Francia, en marzo de 1512, vuelve a poner inesperadamente, y por última vez, a Gonzalo en la primera línea. El Papa manifiesta su interés por el Gran Capitán como general de la Liga, al frente de un cuerpo expedicionario que iría a Italia en el otoño de 1512 para enfrentarse a Luis XII. Gonzalo se dispone rápidamente al encargo que le hace al respecto el rey Fernando. En el fondo, Fernando no tiene la menor intención de sostener la expedición a Italia, su verdadero interés entonces era la conquista de Navarra. Italia es solo la cortina de humo para tener entretenidos a los espías. Es octubre de 1512, y pronto cumplirá sesenta años. Tres años después morirá en Granada. ■



DOCUMENTO

